

FLORENTINA

EDUARDO MUSLIP

blatt & rics

Muslip, Eduardo

Florentina. - 1a ed. - Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2017.

140 p. ; 18x13 cm.

ISBN 978-987-3616-67-9

1. Literatura Argentina. 2. Novela. I. Título.

CDD A860

© 2017 Eduardo Muslip

© 2017 Blatt & Ríos

1ª edición: marzo de 2017

Diseño de colección: Trineo Comunicación

Diseño de tapa: Nacho Jankowski | www.jij.com.ar

Imagen de tapa: Leticia Obeid

Blatt & Ríos es un sello de Recursos Editoriales

blatt-rios.com.ar

facebook.com/BlattRios

www.recursoseditoriales.com

RECURSOS EDITORIALES

ISBN: 978-987-3616-67-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

A Gustavo Osimani

No pediría un cuento que me cierre los ojos, prefiero estar atenta
para sentir cómo todo se calla, cómo termina por un rato, antes de
que yo pierda la conciencia.

Marina Yuszczuk

Siempre habrá algo inconcluso
en esos ojos que miran
aunque estén cerrados.

Verónica Yattah

Cantádeme un maio
sin bruxas nin demos;
un maio sin segas,
usuras nin preitos,
sin quintas, nin portas
nin foros, nin cregos.

Manuel Curros Enríquez

Aparece Florentina. Lo que aparece es su recuerdo, porque mi abuela murió hace treinta años, pero si dijera sin más “recuerdo a mi abuela” la frase me sonaría escasa, incluso falsa, porque la imagen se presenta con mucha precisión, nitidez, actualidad. Mi abuela aparece de la nada, tengo el impulso de decir. La fuerza con la que surge el recuerdo debería hacer que no importe qué lo dispara, ni cuándo, ni dónde. Pero a lo mejor importa: mi abuela se me aparece en mi dormitorio, a una hora en la que nunca estoy despierto, las seis de la mañana, después de pocas horas de sueño y de un viaje en micro de casi un día, de retorno de una playa del sur de Brasil. Nunca me duermo con las persianas abiertas ni me despierto con la luz del día; hay un resplandor leve que no recuerdo haber visto entrar en mi cuarto.

Digo que se me aparece mi abuela, pero lo que se me aparece primero es el living de la casa de mi tía menor,

en una calle baja y arbolada del barrio de Barracas, una casa que yo visitaba cuando era chico, cuando mi abuela aún vivía. Un living que nadie utilizaba, pero que estaba decorado con esmero: sillones haciendo juego, bibliotecas, cuadros, piso de mármol, pequeños objetos de decoración. Había, a pesar de ese esmero, una sensación de vacío que no podía disiparse, como si nunca estuviera terminado; nunca se entendió bien por qué había que crear ese espacio. Qué nombre darle fue parte de las tareas de creación: la dueña de casa, mi tía menor, había resuelto llamarlo sala. O sala de estar. No quería llamarlo living: el encargado de la mueblería de donde ella tomaba la mayoría de las ideas y los objetos decía sala o sala de estar, nunca living. Lo de sala suena, en Buenos Aires, a telenovelas o a revistas extranjeras de decoración. Lo de sala de estar era un poco más normal, pero no tanto, era entre redundante y equívoco, porque ese lugar sería más una sala de no estar: en general no había nadie, a duras penas si estábamos mi abuela o yo. Así que para todos los demás siguió siendo un living. Mis parientes preferían reunirse en una cocina-comedor que estaba en la otra punta de la casa, más pequeña y menos formal. Yo me iba de la cocina-comedor hacia

el living, y mi abuela también: ella se sentaba en un sillón, y yo me quedaba en el piso, hojeando las enciclopedias de la biblioteca.

Se me aparece el living de mis tíos, y enseguida mi abuela, con naturalidad, como cualquier personaje del pasado en los sueños que tienen lugar durante las vacaciones. Mi abuela ingresa al living muy delgada, muy anciana. La palabra anciana intenta inclinar la imagen de mi abuela y hacer vacilante su paso, pero la veo muy erguida (la edad nunca llegó a encorvarla) y su paso es lento pero firme, nada vacilante. Mi abuela entra caminando tranquila, como si se apareciera en mi memoria todos los días, y se instala en uno de los enormes sillones de la casa de mis parientes.

Se sentaba derecha, con los brazos cruzados, y las piernas también cruzadas. El sillón tenía unos almohadones marrones inmensos, que resoplaban con energía cuando alguien se sentaba, eran puro aire, montañas de solidez engañosa. Mi abuela se iba hundiendo hasta que los almohadones tenían un grosor mínimo, y así quedaba. Cuando alguien abandonaba el sillón, a los almohadones les tomaba un lento minuto volver a su forma original. Me interesaba ese fenómeno, era

como si tuvieran algún dispositivo que los hiciera inflarse. Una vez que mi abuela se sentaba, parecía que se quedaría allí para siempre, con los otros objetos de decoración del living. Había tres estatuillas de chinos, de unos veinte centímetros de alto, tan ancianos como mi abuela, de pie, con complejos ropajes y largos bigotes, de porcelana tenuemente pintada. Los tres chinos tenían una expresión más embotada que reflexiva. La ropa les pesaba. Uno tenía en sus brazos un libro, los otros dos no tenían nada. Los brazos estaban paralizados en gestos prudentes. Yo me sentaba en el piso, me resultaba más cómodo que esos almohadones del sillón. Y me ponía a hojear enciclopedias. En el living había grandes bibliotecas con pocos libros, sobre todo enciclopedias. Había de geografía (*Geografía Universal Ilustrada*), de animales, de conocimiento general (la mayor era *Maravillas del Saber*). Había una edición de doce tomos de *Las mil y una noches*. Había diccionarios, el *Pequeño Larousse Ilustrado*. Lo de pequeño era engañoso: la letra apretadísima y el papel muy delgado permitían que acumulara más información que las enciclopedias más imponentes. Todo ese saber enciclopédico era universal e ilustrado. Y acumulaba maravillas: uno leía la descrip-

ción de Liberia, la órbita de Plutón, la trágica noche de San Valentín y, aunque se suponía que era conocimiento concreto, eventos y personajes verdaderos, todo tenía un matiz de historias fabulosas. No había mucha diferencia entre la descripción e ilustraciones de la noche de San Valentín –multitudes corriendo y asesinándose por las calles de París, mientras gentes de la nobleza miraban por altas ventanas de sus palacios– y la cueva en la que Alí Babá descubría los tesoros de los cuarenta ladrones. Yo iba a los doce tomos de *Las mil y una noches* tanto como a *Maravillas del Saber*, mis parientes los habían ido comprando en fascículos y encuadernando. En las ilustraciones de *Las mil y una noches*, las mujeres estaban extendidas en divanes, que invitaban al que los usaba más a recostarse que a mantenerse derecho, y los hombres tendían a estar de pie, a punto de encarar alguna acción. No era una edición para niños, pero si pienso en relatos propiamente maravillosos que haya leído en esa época recuerdo sólo *Las mil y una noches*; ni en esa casa ni en la de mis padres había libros con historias infantiles, y tampoco nadie se puso nunca a contármelos.

Yo leía, y mi abuela permanecía sentada. Mi abuela era un adorno más, bien colocado. Como lo era yo. Lo

normal era que no habláramos. Ese espacio no predisponía a hablar, era tan improcedente que mi abuela y yo conversáramos como que uno de los chinos se largara a hablar con otro. Nos hacíamos compañía, pienso ahora, aunque habláramos tan poco. Cuando dos personas se “hacen compañía” se entiende que predominan los momentos de silencio. Ella estaba mucho más integrada a ese espacio que a cualquiera de los otros lugares en los que pasaba su vida. Ella vivía en las casas de sus hijas, un tiempo con cada una. Siempre estaba por irse de una a otra de las casas; esos traslados siempre eran inminentes, o se deseaba que lo fueran. Se sentaba con la misma actitud en todos lados, no registraba que su presencia podía molestar, y no se disculpaba por eso.

A mi abuela jamás se le hubiera ocurrido disculparse por su presencia en esa casa ni en ningún otro lado, porque nunca había querido estar en esa casa ni en la de mis padres ni en la de la tercera hija, ni en ninguno de los diferentes lugares del barrio de Barracas por los que pasó los últimos setenta años de su vida. Mi abuela era de Galicia, un pequeño pueblo en Orense.